

—: BETANCES :—

Edición de PUERTO RICO ILUSTRADO correspondiente al 30 de setiembre de 1939.

América para los Americanos; pero las Antillas....

Por el LIC. J. DE LA LUZ LEON.

Reinserto en Clío en honor i homenaje del Antillano.

La idea de la Confederación de las tres Antillas — Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico — tuvo, según autorizados testimonios (1) un lejano precursor en José Alvarez de Toledo, que fué diputado por Santo Domingo en las cortes de Cádiz, y de las que desertó consagrándose después a trabajar por la independencia de las Américas. Este curioso personaje nacido en Cuba, terminó su existencia representando, "siervo genuflexo", a Fernando Séptimo ante las cortes europeas: la casaca diplomática le compensó relativamente pronto de las persecuciones que había sufrido en tierras del Nuevo Mundo.

El hecho realza y prestigia una tradición que se ha continuado ininterrumpidamente al través de las vicisitudes y los avatares políticos del Archipiélago; acaso no pueda citarse un solo nombre de pensador, de libertador o de apóstol, que al luchar por la independencia de alguna de las tres islas, no haya luchado con parejo ardor por la independencia de las otras. El ideal nacional ha ido siempre vinculado al ideal "trino y uno", como lo llama el venerado dominicano don Federico Henríquez y Carvajal.

El proyecto de Confederación de las tres Antillas lo acariciaron en Santo Domingo, dos fervorosos amigos de Betances, el padre Meriño y el general Gregorio Luperón (2). En Puerto Rico, además de Betances y de Ruiz Belvis, Baldorioty de Castro y Eugenio María de Hostos, y más cerca de nosotros el poeta José de Diego, cuya es la frase que las islas nacen libres en sus mares y en sus vientos. Máximo Gómez, de Santo Domingo por la cuna, de la manigua cubana por su gloria, no es más que el brazo ejecutor del viejo ensueño antillano. El realiza, quiere realizar con su machete el anhelo que no pudo lograr Betances, y que es el mismo que inspira las prédicas de José Martí, el único de los grandes an-

tillanos que muere en la misma tierra de su nacimiento.

Entre Betances, Máximo Gómez y Martí no hay más diferencias que las de temperamento. Los tres van hacia el mismo fin y su obra es como una cita tácita que no ha de celebrarse en Puerto Rico, ni en Santo Domingo ni en Cuba, sino en una sola vasta patria, la patria antillana surgida de la unión política de las islas, como juntas nacieron en los mares. En su común esfuerzo antillano, el portorriqueño encarna la vehemencia y la llama; el dominicano la acción; el cubano la ponderación. El primero intuye, el segundo crea, el tercero sintetiza.

Llegado el último, (20 años lo separan de Gómez, 26 de Betances) Martí recoge el legado de sus insignes predecesores y al fundar, en 1892, el Partido Revolucionario Cubano, fija en el primer artículo de sus bases que con la independencia absoluta de la isla de Cuba se fomentará y auxiliará la de Puerto Rico. Gemelas son para él las dos islas y unidas deben estar en la hora de la redención. Ese mismo año publica en "Patria", periódico que nace para contribuir "sin premura y sin descanso" (3) a la organización de los hombres libres de Puerto Rico, un ensayo sobre Baldorioty de Castro cuyo leit motiv no es más que éste: las Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer. Y ve en Cubanacán, Borinquen y Quisqueya un triple tajo del mismo corazón sangriento, tres vigías de la América que llama hospitalaria y durable.

Cuando invita al General Gómez, en una epístola inmortal, a asumir el mando supremo de la guerra de Cuba, le recuerda que el ejército libertador ha de combatir por Cuba y Puerto Rico, y que esa cruzada se hace para asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de nuestros pueblos de América.

Y poco antes de partir hacia los campos de combate, en la hora solemne en que su ideario

(3)— Es la idea que tan bellamente, y con menos sobriedad, exponía Goethe: "hay que hacerlo todo en la vida como hacen su camino las estrellas por el cielo: sin prisa, pero sin pausa". El "festina lente" de los latinos.

(1)—Principalmente el de nuestro bibliógrafo Carlos M. Trelles en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, 11 de junio de 1926.

(2)— Siquiera por escrupulosidad histórica conviene recordar que en 1873 Francisco Vicente Aguilera decía en París a Germán Cassé, diputado por la Guadalupe, que "esa (la Gran Federación Antillana) era, no tan sólo la aspiración más cara de su alma, sino la de todos los hombres pensadores de su país."



iba a entrar en una zona de ásperas realidades, le escribe a otro dominicano—Federico Henríquez y Carvajal— que “Santo Domingo no es cosa distinta de Cuba. Yo obedezco, y aún diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre el mar, a sangre y a carriño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino”. Esa carta termina con estas palabras simbólicas: “Levante bien la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria”. Todavía la vispera misma de su muerte, en una carta que quedaría incompleta dice a Manuel Mercado, que cuanto hizo hasta allí, en silencio y “como indirectamente”, fué para impedir, gracias a la independencia de Cuba, que los Estados Unidos se extendieran por las Antillas.

Menos conceptuoso, no menos profundo, Máximo Gómez defiende el ideal antillano como un sagrado deber impuesto por la historia, por la geografía y por el recíproco interés de los pueblos del Archipiélago. Al servir incansablemente a Cuba con amor de hijo, se ha sentido más obligado con el resto de la gran familia antillana, y claramente deja entrever a sus paisanos que el hecho de que él consagrara sus esfuerzos y lo mejor de su existencia a la independencia de la mayor de las Antillas, constituye un ejemplo y un estímulo para seguir defendiéndola, porque así defiende su propio porvenir. “Creo, —le dice a su primo don Francisco Gregorio Billini (4) y no veo por qué no puede ser así, que tú, Martí y todos los que sean como nosotros, nos estrechemos las manos y formemos un haz en medio de las Antillas.”

Al comunicar, en plena manigua, a su abnegada compañera la muerte de José Maceo, le dice que Santo Domingo es, de todas las Américas, la más obligada a ser la primera aliada de la nación cubana. “En vano los yankees con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortésmente pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas”. Sostenía que el primer eslabón de la cadena fraternal que unía a Santo Domingo y Cuba se habían encargado de fabricarlo los españoles con la sangre de Hatuey.

Soñaba con una ley que declarase que el dominicano era cubano en Cuba y viceversa; ley que con escasas modificaciones se extendería a Puerto Rico tan pronto como conquistase su libertad.

Tan compenetrado vive Gómez con la idea de unión de las tres islas, tan arraigada está en su alma la ilusión de que son la misma patria e idénticos sus sentimientos, que el día que la revolución le asesta el más rudo e irreparable gol-

(4)— En las admirables “Cartas de Máximo Gómez” publicadas por Emilio Rodríguez Demorizi.

pe, instintivamente se vuelve con las miradas interiores hacia los pueblos hermanos buscando en ellos un lenitivo. Este hombre de acero, exteriormente seco y rudo, habituado, en la necesidad de dominar a los otros, a domeñar sus propias emociones, que ha encanecido en los campamentos y conoce, por la cotidiana lección de realismo que es la guerra, la fragilidad y relatividad de los sentimientos humanos, está convencido de que el dolor que entonces le embarga por la pérdida de su hijo, es también el dolor de las Antillas. Y en una carta al periodista Luis Morlote —“hombre gobernado por mujer”— le dice conmovido: “El machetazo de Francisco Gómez en Punta Brava, eso, no se puede olvidar nunca en Cuba, en Puerto Rico, no se olvidará jamás en Santo Domingo y quizás no se olvide en otras partes de América”. (5)

Desde 1867, Betances había lanzado el proyecto de la Confederación antillana, si bien no nos dejó, que yo sepa, un plan de conjunto armoniosamente elaborado. Pero en sus cartas íntimas, que constituyen casi su única obra política, o al menos que nos permiten reconstruir lo esencial de su pensamiento, en sus proclamas, hay innumerables trazas de que esta idea fué en él invariable, de que la sustentó conjuntamente con la de la emancipación de Puerto Rico y Cuba, de la que en realidad venía a ser coronación y remate.

Vió en una Confederación de las Antillas la posibilidad de formar una nación de veinte y cinco millones de habitantes (6) y según declaró el año mismo de su muerte al panfletario portorriqueño Luis Bonafoux, Lord Gladstone estuvo dispuesto a defender el proyecto y obtener que Inglaterra hiciera entrar en la Confederación la isla de Jamaica. Reprochaba a la miopía e intransigencia de España el que jamás hubiera admitido esa solución que tan grandes ventajas le habría procurado en toda América.

Betances alimentó siempre, como veremos en el próximo capítulo, una gran desconfianza respecto a la raza anglosajona, de la que decía era como el manzanillo, a cuya sombra no crece y fructifica sino el manzanillo, pero es perfectamente verosímil que hiciera cerca de Lord Gladstone, acaso cuando estuvo en Londres como En-

(5)— Véase el interesante “Ideario Cubano: Máximo Gómez”. Recopilación y Prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring, No. 7 de los Cuadernos de Historia habanera 1936.

(6)—Fué en esto más lejos que Bolívar, el cual escribía desde Kingston en su llamada carta profética: “Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800,000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independentistas. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar? (“Cartas del Libertador” recopiladas por Vicente Lecuna, Tomo I, Caracas 1929).



cargado de Negocios de Santo Domingo, una **démarche** diplomática en ese sentido, buscando así el modo de contrapesar, con la intervención de Inglaterra, el influjo de los Estados Unidos en las Antillas.

En abril de 1870, diez y ocho meses después de comenzada la guerra en Cuba, de paso para Haití se entrevistó con Mr. St. John, a la sazón cónsul inglés en Port-au-Prince, personaje a quien atribuye gran influencia en su país y cuyos servicios cree serían sobremedida útiles a la causa libertadora. Desgraciadamente el cónsul, aunque espíritu liberal, siente muy escasas simpatías por los cubanos revolucionarios, pues teme que la insurrección, esperándolo todo de los Estados Unidos, los acerque más cada día al poderoso pueblo vecino. Este cónsul no pierde ocasión de decir a los hombres de gobierno de la isla que el triunfo de Cuba, con los americanos significaría la pérdida de Haití. Betances lo visita y emplea su mejor dialéctica para convencerle del error en que está atribuyendo a los cubanos cualquier propósito que no sea la independencia total y absoluta de Cuba. Y al despedirse de St. John en aquella primera entrevista (anuncia una segunda de la que no vuelva a hablar) el revolucionario le dice:

—Me voy con la esperanza de que usted se ha de tomar mucho interés por nosotros...

Por los mismos días de su peregrinación haitiana, los hermanos de una Logia lo reciben en su seno y Betances aprovecha la coyuntura para pronunciar, en favor de Cuba y de la idea antillana, una de sus más vibrantes arengas en aquella lengua de Francia que tanto amara: "...hémos aquí, ¡oh! mis hermanos, de tal modo unidos en el pasado que no puedo hacer una descripción de Cuba sin hallarla consignada ya en los anales de la historia de Haití. No nos es posible separar nuestro presente: de una punta a otra de las grandes islas del mar Caribe, el mismo asunto se plantea, el porvenir de nuestras Antillas. ¿Quién será lo bastante ciego para no verlo? Sostenemos la misma lucha, combatimos por la misma aspiración, pesan sobre nosotros las mismas amenazas, ¿y dejaremos de vivir la misma vida?" "...Después de la victoria completa comenzaremos una nueva existencia que estará vigorizada por la unión de todas nuestras fuerzas"... "Estrechémonos: formemos un solo pueblo de verdaderos masones y podremos entonces elevar un templo de bases tan sólidas que todas las fuerzas de la raza sajona y de los españoles reunidos no podrán jamas destruir".

Después, en Santo Domingo, en un manifiesto de sabor martiense y que parece el borrador de aquel otro manifiesto que se escribiría mucho más tarde en Montecristi, pide que se enlacen las banderas de Cuba y Puerto Rico y que se unan todos, peninsulares y criollos, conservadores y liberales para la liberación de las Anti-

llas por medio de una revolución que dejará rastros de escombros, pero que será breve y piadosa.

Cuando recibe, en París, las primeras noticias de los preparativos que se hacen en los Estados Unidos para la guerra del 95, se apresura a escribirle a uno de sus compatriotas estas palabras que se diría una divisa:

—Clame el puertorriqueño: ¡Viva Cuba! y el cubano: ¡Viva Borinquen! y ambos a la vez: ¡Vivan las Antillas! y una patria os espera gloriosa por vuestros hechos, libre y feliz en la independencia.

Y al estallar al fin la guerra, que le coge cansado, enfermizo, sin más medios para servir que su pluma y su palabra, envía un Winchester a uno de sus hermanos, que más joven y más fuerte podrá defender con las manos la causa de la libertad, y le escribe:

"Te mando el rifle que me pides. Es un Winchester que ha figurado ya en la revolución en 1868-78, pero en manos de un oficial español... Celebro que hayas salido de la triste situación en que estabas y apruebo completamente la resolución que has tomado de ir a cumplir con tu deber en Cuba, y no digo en Puerto Rico, porque creo que no le ha llegado aún su hora a nuestra Borinquen a quien espero que podrás tú ver libre al lado de su hermana mayor. Mientras tanto en esta patria podrás prestar grandes servicios no sólo combatiendo como soldado por su independencia sino haciendo como buen ciudadano, la propaganda por la unión de las razas criollas que todas son hermanas y como hermanas deben de portarse unas con otras".

¡Con cuánta razón el austero Bartolomé Masó, en una carta de diciembre 1897 hasta ahora inédita, tejía para la corona de Betances estas palabras consagradoras: "La causa de la libertad antillana tiene en usted un paladín decidido y los pueblos que sufren, redimidos mañana sabrán colocar su nombre de patriota inmaculado entre los primeros de sus próceres".

Fué el antillano por antonomasia, no el primero en el tiempo, sin duda; no el más elocuente, pero sí el más iluminado, el más constante, el más rendido enamorado de las islas gemelas que se miran de ribera a ribera; en sus labios, con una entonación que no tuvo nunca antes de él, que acaso no vuelva a tener ya nunca en otros labios, resonó sonoro el grito redentor que después, olvidado o desdeñado, se perdió inútil en el confín del Archipiélago:

"¡Sí! la América para los americanos; pero las Antillas para los antillanos"...

J. DE LA LUZ LEON.

Hermante (Ginebra). 1939.

